

A todos los superiores mayores

Peter-Hans Kolvenbach, S.J. , Prepósito General. Roma, 18 de noviembre de 1989.

“Enterado del horrible asesinato en San Salvador de seis padres jesuitas, transmito a Vuestra Paternidad sentimientos de inmensa pena y de viva participación en el dolor de toda la Compañía de Jesús y de los familiares de las víctimas, a la vez que elevo oración al Señor en sufragio de sus almas, implorando que este sacrificio no resulte vano sino que sea germen de amor fraterno y de concordia para el martirizado país de El Salvador”.

Juan Pablo II

Querido Padre: ¡La paz de Cristo!

Quisiera acompañar el telegrama del Santo Padre, dirigido a toda la Compañía, con unas breves palabras personales. Es difícil expresar todo el horror que suscitan este crimen premeditado y estas tan inhumanas torturas. Nada puede justificar esta barbarie: ni la situación estratégica o la seguridad de la barriada en donde se encuentra la UCA, ni la orientación bien conocida de nuestra Universidad Católica, ni las actividades o los escritos de los jesuitas, que no han pretendido con todo ello sino dar lo mejor de sí mismos por el bien de la Iglesia y del pueblo salvadoreño. Lo que ha pasado es tanto más injustificable cuanto que esta muerte cruel ha tocado a personas -no jesuitas y jesuitas- absolutamente extrañas al conflicto político que está haciendo sufrir a la población de El Salvador desde hace ya años.

Sobre todo durante los últimos meses, nuestra Curia recibía informaciones, cada vez más precisas, que demostraban una intensificación en las violencias y amenazas; se tomaba de mira a miembros de la Jerarquía y a los jesuitas y, nominalmente, al Rector de la UCA. No se trataba únicamente de medidas vejatorias respecto al personal, jesuita o no, que se consagra a los numerosos refugiados; ni solamente de bombas intimidatorias colocadas en

las inmediaciones de la residencia universitaria, sino de una deliberada y violenta campaña de prensa que reclamaba la expulsión de determinados jesuitas. Grupos extremistas, algunos de los cuales hasta se jactan con la denominación de “escuadrones de la muerte”, rechazaban cualquier tentativa que mirara al logro de una paz justa y duradera para El Salvador y para el conjunto de América Central.

Cuando tuve allí mismo, hace un año, la oportunidad de encontrar personalmente a casi todas estas víctimas, sobre todo durante la visita a los lugares donde les han precedido Monseñor Romero y el Padre Rutilio Grande, no pude por menos de notar que eran conscientes de que el Señor pudiera pedirles también a ellos la vida como participación en su Pasión. Una vida que, como Compañeros de Jesús, ya han entregado al encarnar toda su actividad en el **suscipe** de amor de los Ejercicios Espirituales.

Aunque la gran mayoría de los jesuitas asesinados habían nacido en España, ninguno de ellos había pensado en abandonar al pueblo y al país que han amado tanto y han preferido, según la tradición misionera de la Compañía, aceptar hasta el fin los sufrimientos del pueblo salvadoreño. Por desgracia, su sacrificio es uno más que se une al de centenares de hombres y mujeres, víctimas de los combates y represalias que se engloban en ese círculo infernal de la violencia y de la muerte.

Que el eco que la opinión pública mundial está ya dando a las atrocidades cometidas en la residencia de la UCA sirva para llevar la paz a esa región del mundo, frecuentemente olvidada, y ayude a ese pueblo trabajador y valiente, que bien merece una mayor justicia y atención a sus aspiraciones en el respeto de sus derechos humanos. Los numerosos y emocionados testimonios que nos van llegando en estos días a la Curia serán para toda la Compañía de Jesús, en particular para los jesuitas de Centroamérica, un consuelo y, al mismo tiempo, un aliento

para perseverar siguiendo las huellas de nuestros hermanos asesinados.

De acuerdo con el Padre Provincial, espero hacerme presente en El Salvador durante las Navidades para encontrar a los jesuitas de la Provincia y recordar con ellos ante el Señor el asesinato de nuestros hermanos. El próximo lunes por la tarde, en la Iglesia del Gesú, les tendremos particularmente presentes cuando, unidos por la fe al Señor

Resucitado, celebraremos la Eucaristía rogando para que sean liberados verdaderamente de la muerte nuestros hermanos difuntos, por el consuelo de sus familias y de todos aquellos que los han conocido y, según el espíritu de Cristo, como signo de perdón, por quienes los han conocido y comprendido tan mal. Estoy seguro de que toda la Compañía, de un modo o de otro, se sentirá asociada a nuestras oraciones.